A large, detailed marble sculpture of the Greek god Hermes, shown from the waist up, seated and leaning forward. He has a curly beard and hair, and is wearing a winged petasos (hat) on his head. His right arm is resting on his knee, and his left hand is holding a caduceus (a staff with two snakes entwined around it). The sculpture is set against a background of classical architectural elements, including a column and a relief carving.

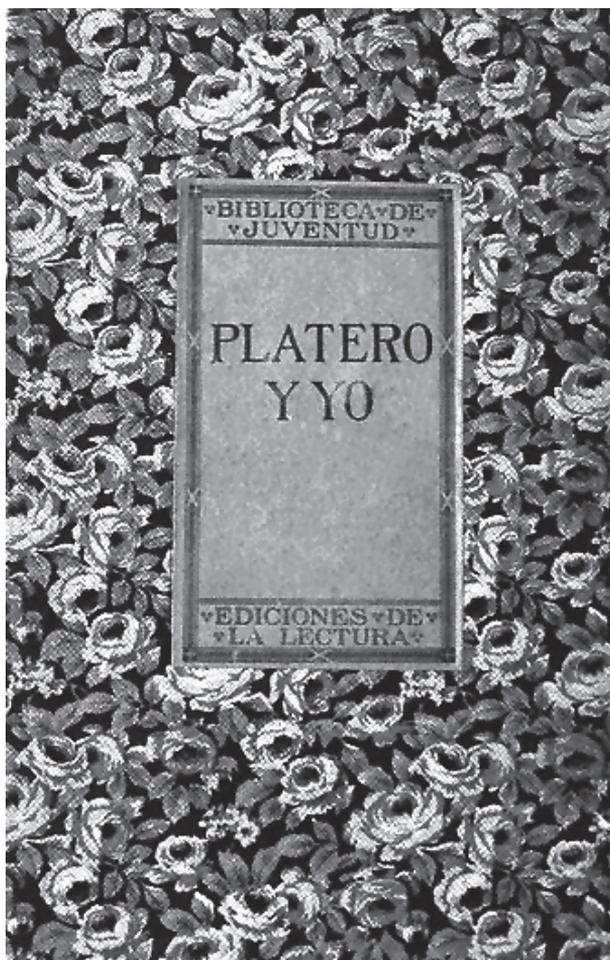
JESÚS RUBIO
ADELINA V. ESTEBAN
LOLA LÓPEZ DÍAZ
LINDA D'AMBROSIO MORALES
ANDREA PARÍS GÓMEZ
ELENA ROMÁN
M^a ANTONIA RICAS PECES
LUIS PABLO
PACO MORATA
JOSÉ MARÍA DE GUESADA
RAFAEL J. PASCUAL
ENRIQUE GALINDO
MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS
OLGA RUIZ TRINIDAD
MARÍA LUISA GONZÁLEZ RUIZ
SANTIAGO SASTRE
JOAN GONPER
JAIME LORENTE PULGAR
MARTA CARPINTERO HENSEN
MARÍA JOSÉ VIOQUE
JOAQUÍN COPEIRO
INMACULADA GÓMEZ VERA
RODRIGO MEDINA RICAS
EUDALDO DÍAZ-ROPERO
MACARENA ALONSO
JESÚS PINO
FELIPE GARRIDO BRICEÑO

Ilustración: PEPE MORATA

HERMES



HERMES 16



REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO

ÍNDICE

JESÚS RUBIO	7
ADELINA V. ESTEBAN.....	17
LOLA LÓPEZ DÍAZ.....	18
LINDA D'AMBROSIO MORALES.....	29
ANDREA PARÍS GÓMEZ.....	30
ELENA ROMÁN	34
M ^a ANTONIA RICAS PECES.....	35
LUIS PABLO.....	37
PACO MORATA	38
JOSÉ MARÍA DE QUESADA	41
RAFAEL J. PASCUAL	46
ENRIQUE GALINDO	50
MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS	53
OLGA RUIZ TRINIDAD	56
MARÍA LUISA GONZÁLEZ RUIZ.....	60
SANTIAGO SASTRE.....	62
JOAN GONPER	63
JAIME LORENTE PULGAR.....	64
MARTA CARPINTERO HENSEN	69
MARÍA JOSÉ VIOQUE	79
JOAQUÍN COPEIRO	80
INMACULADA GÓMEZ VERA	85
RODRIGO MEDINA RICAS	88
EUDALDO DÍAZ-ROPERO.....	90
MACARENA ALONSO.....	100
JESÚS PINO	107
FELIPE GARRIDO BRICEÑO	112

JESÚS RUBIO

La grande y verdadera historia de Francisco González de Guadalcanal y el descubrimiento del mar del Sur

(2^a parte)

VIII

Cuando llegamos al pueblo de Chape, supimos que el dicho cacique ya no vivía, y quien reinaba era su esposa. Llegamos al océano y esperamos en los bohíos hasta que llegaron los nuestros. Allí vimos más oro, pero sobre todo vimos muchas perlas, que aquellas aguas son muy ricas en ellas y por eso ahora a las islas que hay allí se llaman de las Perlas, porque se cogen a puñados.

Cuatro días después de visto el mar, llegaron los hombres que se habían quedado en el poblado de Torreja. Entonces, decidió el capitán que le acompañarían veintiséis hombres a la toma de posesión del Mar del Sur. Los más dispuestos de todos, o al menos, los que a mí me lo parecen, dijo Balboa. Y yo fui uno de ellos. Y ahora le cuento cómo fue aquello, porque no lo olvidaré por más años que viva.

Fue a horas de vísperas, pues hubo que esperar a que las aguas se crecieran un poco. Entonces, primero el capitán, y después todos nosotros, nos metimos en el

agua, hasta que nos llegó un poco por encima de las rodillas. Balboa llevaba una espada desnuda en la mano, y en la otra el pendón real de Sus Altezas, en el que estaba pintada una imagen de Nuestra Madre la Virgen Santa María, sosteniendo en sus brazos a su Precioso Hijo, Nuestro Redentor Jesucristo. Al pie de esa imagen estaban pintadas las armas de Castilla y de León. Y entonces, tomó la posesión del Mar del Sur, dando vivas al rey don Fernando, y a su hija, la reina Juana.

Y dijo también que tomaba posesión de todas las tierras andadas hasta llegar a él, y también de todas las que rodeaban aquel golfo, y prometió, y nos hizo prometer a todos, que si algún otro príncipe las reclamaba, habríamos de defenderlas. Y como nadie dijo nada en contra, se dio por hecho que habíamos tomado posesión de todo ello. Y para que constase que todos habríamos de cumplir lo prometido, que insisto era defender aquellas posesiones espada en mano, se tomó nota de los que habíamos participado en ese solemne acto, del que se hablará por muchos años que pasen.

Y yo le digo quienes eran los que allí estábamos. Aparte del capitán, estuvieron el clérigo don Andrés de Vera, don Francisco Pizarro, don Bernardino de Morales, don Diego Albítez, don Rodrigo Velázquez, don Fabián Pérez, don Francisco de Valdenebro, don Sebastián Grijalba, don Hernando Muñoz, don Hernando Hidalgo, don Álvaro de Bolaños, don Ortuño de Baracaldo, don Francisco de Lucena, don Bernar-

dino de Cienfuegos, don Martín Ruiz, don Diego de Tejerina, don Cristóbal Daza, don Juan de Espinosa, don Pascual Rubio de Malpartida, don Francisco Pesado de Malpartida, don Juan de Portillo, don Juan Gutiérrez de Toledo, don Francisco Martín, don Juan de Beas, el escribano don Andrés de Valderrábano y servidor, Francisco González de Guadalcanal. Cuéntenos y verá que somos veintisiete. Los veintisiete del Mar del Sur.

Después probamos el agua para ver que era efectivamente salada y que habíamos llegado por tanto al mar. Y todos nos alegramos mucho por ello, porque era verdad todo aquello y nosotros habíamos sido elegidos por Dios Nuestro Señor para ver aquel momento.

Después, el capitán hizo con su puñal una cruz en el tronco de uno de los árboles en los que batía el mar cuando subían las aguas. Y luego hizo dos más, como tributo a la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios Verdadero, en cuyo nombre se había tomado aquel mar y aquellas tierras. Y todos los demás también grabamos cruces en otros árboles.

Volvimos después al pueblo de Chape, y se enviaron emisarios a otras partes para decirles que aquella tierra era nuestra, y que todos aquellos que así lo acatasen no se verían envueltos en guerra.

Y a los pocos días llegó un indio muy principal, familia de la esposa de Chape, y trajo mucho oro y muchas

perlas. Y dijo que nos daría canoas y nos diría cómo se pescaban.

IX

El primer día que salimos a navegar en el golfo de San Miguel era el siete del mes de octubre. Salieron a navegar sesenta hombres. Yo iba con ellos, porque el capitán siempre me tuvo en mucha estima. Además, ya he dicho, era minero, además de muchas otras cosas. Fuimos bordeando la costa y a la noche del día ocho, llegamos a una provincia, en la que mandaba el cacique Cuquera. Su pueblo estaba como unas tres leguas hacia adentro de la costa, y no era fácil llegar hasta él, pues la selva era densa y el terreno bastante quebrado. Poco antes de llegar, los indios huyeron y dejaron el pueblo vacío. Poco a poco, se fueron acercando, y lo hacían con no poco respeto, y mirándonos las barbas, que parecía que les llamaban mucho la atención. El capitán ordenó tomar a uno de ellos, y les hablaba a través de los indios de Chape, y les decía que llamaran a su cacique y que no tuvieran miedo. Al poco vino el cacique, trayendo oro y perlas, y se le dieron a cambio cuchillos y un hacha.

Poco después volvimos al pueblo de Chape. Estaba el capitán obsesionado con las perlas y quería ir a donde estaban y ver cómo se pescaban. Salimos sesenta hombres con él llegamos a una provincia después de dos días de muy mala navegación, pues las canoas no eran muy grandes y el mar se embravecía bastante. Además llovía mucho. El jefe de aquella tierra se lla-

maba Tumaca, que no nos recibió bien. Tuvimos que reducirle por las armas, matamos a muchos de ellos y les tomamos muchos prisioneros y ninguno de los nuestros resultó herido. Se cogió el oro y las perlas que se encontraron. Y había ostras todavía vivas, recién pescadas. Los indios dijeron que las pescaban en unas islas pequeñas que hay cerca de su tierra, que están en medio del golfo, como se ha dicho. Balboa llamó a aquella tierra San Lucas, porque se llegó a ella en ese día, y dijo a los indios que fueran a buscar a su cacique, que había huido en medio de la batalla.

No volvió hasta tres días después. Esta vez no opuso resistencia. Y Balboa pidió prestada al cacique una canoa para tomar posesión de aquella costa y vimos que en algunos remos tenían las perlas engarzadas, lo que nos maravilló a todos porque aquello era prueba de aquellas islas eran muy ricas en ellas. Llegamos a una isla pequeña, que llamó, y a otras más que estaban cerca y eran igual de tamaño, de San Simón. Y fue tomando la posesión de más islas. Llegamos a otra a que se llamó Isla Rica, porque se decía que era donde más perlas se pescaban y que está a la parte de Poniente. Y allí se volvieron a consignar los nombres de quienes habían navegado con él por vez primera en el Mar del Sur y habían descubierto todas esas islas, que se llamaban de las Perlas. Y es por ello que aparece el mío, porque yo también estuve allí, y por eso cuento esto, porque lo vi con mis propios ojos, no por lo que me han contado o he leído. Se llamó a todo este archipiélago el de Las Perlas, y jamás hubo nombre más ajustado.

Después volvimos a donde Tumaca y se ordenó a los indios que se echaran al agua y pescaran ostras para nosotros. Se subieron a unas canoas y con ellos algunos de los nuestros y el propio Andrés de Valderrábano tomó nota de todo ello. Lo hicieron y cogieron muchas de ellas, y muy grandes, aunque no sin peligro, porque la mar es brava en esas islas, y más de una vez temimos que se perdieran. Gracias a Dios que no ocurrió nada.

X

A día tres del mes de noviembre fue cuando dejamos la tierra de Tumaca y nos fuimos costeando por un brazo de mar que estaba tupido de manglares y se juntaban con lo de algunas islas pequeñas que estaban cerca de la costa, hasta el punto que teníamos que cortarlas con las espadas y con las hachas. Iba con nosotros un hijo de este cacique, que se quiso venir con nosotros. Entramos por la boca de un gran río, y al día siguiente llegamos a una tierra cuyo cacique se llama Thevaca, cuyo pueblo tomamos por sorpresa, antes de que se pudieran defender de alguna manera. Pero en seguida se vio que no quería oponerse a nuestra fuerza y se mostraron muy solícitos a todo lo que les decíamos. Nos regalaron preciosas piezas de oro, y también muchas perlas.

Entonces enviamos a algunos de los nuestros a por más canoas al pueblo de Chape. Y mandamos con ellos al hijo del cacique Tumaca, para que se quedara ya allí. Dejamos el pueblo de Thevaca y seguimos

avanzando tierra adentro, hasta que llegamos a otro pueblo, cuyo cacique se llamaba a sí mismo Pacra. En todo momento se mostró pacífico con nosotros. El capitán llamó a toda esta tierra de Todos los Santos, porque había sido tal fiesta. Y se llegaron más caciques, cuyos nombres ya no recuerdo. Y todos traían oro, que se debieron de decir entre ellos que si se nos traía oro, no les habría de pasar nada, porque justo es decir que el oro enfebrecía a todos los nuestros. Y no puedo decir que a mí la ambición no me dominara, porque decirlo sería faltar a la verdad. Pero los hay que son capaces de todo por conseguir lo que se proponen, y otros a los que su conciencia les impide acometer algunas acciones. Pero yo vi cosas que fueron crueles, como aperrear a los indios o tomar a sus mujeres y a sus hijas. Y esto son pocos los que lo cuentan. Que muchas veces no nos comportamos como buenos cristianos, le digo. Había ocasiones en que los indios no eran propicios a la pelea, en la que teníamos mucha más ventaja gracias al acero y los arcabuces, y aún así les hicimos la guerra. Pero también le digo que con nosotros iba gente buena, incapaz de no hacer daño nada más que para defenderse. Pero para los indios fue una gran desgracia que en aquellas tierras y en aquellas aguas hubiera oro.

XI

Pasamos en aquellas tierras la Pascua. Tomamos el oro que nos daban. Y el que no nos daban, también. Pero el capitán decidió que volveríamos a Santa María

la Antigua del Darién, porque algunos de los nuestros estaban ya enfermos. Y la gente estaba muy cansada porque el calor y la humedad de estas provincias agotarían al propio Aquiles. Volvimos por el camino andado, y comprobamos que Comogre, amigo del capitán, había muerto ya.

Llegamos a la tierra de Ponca el día diecisiete de enero del año mil quinientos y catorce. Fuimos muy bien recibidos porque ya he dicho que era amigo y había sido bautizado.

Después, en el galeón que nos llevó volvimos a Santa María la Antigua. Llegamos con más de cien mil castellanos sólo en oro, y multitud de perlas, y con muchos indios e indias. Y fuimos muy bien recibidos. Y cuando el rey se enteró de se había descubierto se alegró mucho, y perdonó a Balboa todo lo que se decía que había hecho.

Pero al poco llegó el gobernador Pedrarias, con lo que comenzaron las desgracias del capitán, que acabó, como usted sabe, en el patíbulo, dicen que por traidor del que llegó a ser su suegro, porque de la perdición de Nicuesa, al que subieron en una nao y nunca más se supo, lo declararon inocente. Y fue el propio Pizarro el que lo detuvo en nombre de Pedrarias. Yo no sé qué hay de verdad en ello. Sí le digo que cuanto le he contado hasta ahora es la verdad de lo que pasó en el descubrimiento del Mar del Sur.

Y de mí no tengo mucho más que decirle. Cuando Pedrarias fundó la ciudad de Panamá, en la que ahora

estamos, fui uno de los primeros encomenderos. Y lo fui por orden del propio Pedrarias, que andado el tiempo, se mostró muy cruel con muchos de los nuestros. Aquí sigo, con mi encomienda, que me la otorgó el dicho Pedrarias. Está en la provincia del cacique Chagre, en la parte de Pereagil y Conthaco, donde hay sesenta y cuatro personas: Tengo otra más, en la parte llamada de Pocorosa, donde hay otros ochenta tributarios. Esta última se me dio como de regidor perpetuo de Panamá, honor que se me hizo por lo bien que he servido en estas tierras desde que llegué con don Diego Nicuesa, lo que da muestra de que mis méritos no son fabulados. Y en estas encomiendas hay minas de oro, y arroyos auríferos, que alguna vez me han dado rescates de hasta setenta y seis mil maravedís de oro de diferentes leyes. Y desde mi encomienda me acerco cada vez que tengo ocasión hasta esta ciudad levantada a orillas de este Mar del Sur que vi por vez primera aquel veinticinco de septiembre, siendo uno de los primeros cristianos que lo vieron, algo que yo quiero contar y quiero que se sepa, porque es un hecho singular e importante, que yo no he de olvidar jamás.

Nota: Francisco González de Guadalcanal fue luego uno de los primeros pobladores y encomenderos de la ciudad de Panamá, fundada por Pedrarias, que además le nombró regidor perpetuo de la ciudad. Tuvo dos encomiendas, que llegaron a darle, en alguna ocasión, hasta 76.000 maravedís de renta. En 1530, siendo alcalde y estando enfermo, fue uno de los que se enfrentó al gobernador Pedro de los Ríos por el nombramiento de su lugarteniente, que al no pertenecer a la élite local, sembró la desconfianza entre los primeros pobladores de la ciudad. Aunque no consta que se castigara a los revoltosos, que sí que pasaron varios días en el calabozo,

a partir de ese momento el nombre de Francisco González de Guadalcanal desaparece del Cabildo de Panamá y de la Historia.

- (1) Según las últimas averiguaciones, publicadas por el diario *El País*, existen al menos cuatro fuentes que indican que realmente fue el 27. Dos son estadounidenses, Kathleen Romoli y el geógrafo Carl Sauer; y dos españoles, la profesora Carmen Mena y Luis Blas Aritio, autor del último y más exhaustivo libro sobre el conquistador, *Vasco Núñez de Balboa y los cronistas de Indias* (2013).

ADELINA V. ESTEBAN

Abril

El color nos envuelve. ¿Qué mejor celebración de su timbre sino asombrarse? Una insinuación de vida espiritual no necesariamente referida a lo divino o adivinar que la mirada, sí, la mirada hacia otra parte de las figuras pintadas por el Cretense, tiene más de tránsito que de signos devotos. Así, aunque las presencias anunciadoras del lado oculto simularan duraciones, sólo es el color que despiden lo que queda de ellas o sólo su gesto luminoso y sereno es lo que apreciamos. Su deseo pertenece ya al espacio que no precisa de palabras. El color como un rastro, como una indicación de algo que estuvo y regaló su perfección según se marchaba.

Del libro: 2014
Ed. CELYA

LOLA LÓPEZ DÍAZ

Vuelta a La India en cincuenta acrósticos

Luz de leyendas antiguas
Ascetas al filo de cumbres

Inciertas
Nombres sagrados de
Dioses sin cuento
Infinita danza que
Alumbra, incansable, el destino de los hombres.

Espejo de creyentes
Laberinto de leyendas antiguas

Gracia que baña la tierra
Azul postrero
Noche ardiente de plegarias
Guirnalda de peregrinos que
Entregan el alba a la Diosa
Sus serenas aguas fatigando.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Latido de leyendas antiguas
Alimenta dulcemente el

Vientre hospitalario
Apacible presencia
Candorosa caricia que
Apacigua la memoria del universo.

Madre de las leyendas antiguas. De
Arjuna y los Pándavas, de dioses,
Héroes, Káuravas, reyes
Amigos, primos, traiciones, engaños...
Batalla fatal. Al llegar la
Hora, el valiente
Arjuna flaquea, vacila,
Rehusa luchar. Krishna, su cochero, le
Anima y con sabias palabras
Traza el camino que
A las almas iluminará.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Saludos de seda
Airoso avanzar de colores
Rumor de arco iris, las calles
Inocentemente salpicando.

Radiantes reinos de
Arrogantes palacios y altivos
Jinetes a la grupa de elefantes
Argénteos.

¿**S**aben los campos que sueñan
Instrumentos entre los soles crecidos?
Tañen cuerdas sonoras y del
Alma brotan
Ritmos cuajados de melancolía.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Y yace el yo
Olvidado de sí
Gravedad ingrávida que
Acaricia el cuerpo, las olas acallando.

Sonido de leyendas antiguas
Alfabeto divino
Narración primera
Sublime estructura
Construcción perfecta
Religiosa palabra
Idioma sagrado
Tradición milenaria
Oración eternal.

Kamasutra de piedra, hito del arte
Hindú. Montañas cósmicas doradas por el sol.
Asombrosa profusión de
Jacarandas bailarinas celestiales
Ubérrima ubicuidad de cuerpos
Rebosantes de pechos y caderas
Acoplamientos intrincados

Joviales dioses plenos de vitalidad
Ola de voluptuosa blandura.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Calidoscopio de leyendas antiguas
Arbol de colores
Sacerdotes, guerreros...
Teje su urdimbre el karma
Artesanos, comerciantes... intocables

Silenciosa sentencia vital.
Musitas mudas salmodias que
Apagan la mente
Noche serena
Trenza de palabras
Repites, repites, repites, las sílabas
Aacunando.

Temblor de leyendas antiguas
Artista cumplido, hasta Suecia llega
Gítánjali, tu
Ofrenda de canciones
Rabindranath Thákur
Escritor bengalí, alma universal.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Naciente sonrisa que
Alumbra la mañana
Me inclino ante tu
Atman, dicen que quiere decir
Sentido profundo, las manos
Tocando el corazón, saludo
Entrañable.

Tres formas, trinidad primigenia
Remolino de leyendas antiguas
Incensemos al Dios que
Mantiene, destruye y crea, el
Uno sin Segundo
Reino de Brahma, Vishnu y Shiva
Trinidad primigenia, tres formas, una
Inteligencia divina.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Naciste aristócrata
Educado, elegante, elitista...
Hiciste de La India una
República democrática y soberana
Un regalo para el mundo.

Turbador testimonio de
Amor y de memoria
Jahán, el shah mogol, te construyó para
Mumtaz Mahal, su
Amada esposa

Herencia admirable
Amorosa armonía
Lágrima de mármol.

Parto de leyendas antiguas
Aurora de la Literatura Universal. De
Narrar el arte enseñas en
Cuentos que han viajado
Hasta los confines del planeta
Adaptándose a las gentes, a todos los idiomas
Traducidos. Fábulas de
Animales que la
Naturaleza humana ayudáis a conocer
Tesoro de sabiduría, historias
Recogidas de la tradición
A los occidentales habéis, durante siglos, educado.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Guardián de leyendas antiguas
Umbral que desvanece el ensueño
Remoto explorador de
Utopías

Siddharta, el príncipe,
Abandona el palacio y emprende el
Recto sendero hacia el
Nirvana. Buda, el Iluminado, bajo los
Arboles predica cómo de la
Tristeza y del sufrimiento conseguirán los
Hombres liberarse.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Hondón de leyendas antiguas
Imensa cuna de ríos inmensos
Morada de las nieves, los dioses habitan tus
Alturas solitarias
Límite perpetuo
Amparo de la pureza
Y de la soledad
Aire de ascética grandeza.

Estimuláis las lágrimas, los
Sentidos despertáis
Pimienta, pimienta, fuego en las
Entrañas. Tomillo, tamarindo
Cúrcuma, comino, coriandro, cardamomo
Incendio de olores. Canela, clavo
Azafrán, anís, jengibre, mostaza
Sésamo... Paladar en llamas.

Imperios te jalonan, una civilización
Nació en tus riberas. A tu país
Diste el nombre, tu valle es
Origen de leyendas antiguas.

Brillante lunar
Iimagen de luna llena
Nimbo de púrpura que delicadamente
Decora, en la
India, la frente de las mujeres.

Voz de leyendas antiguas
Eterna verdad
Divino es tu origen. *Rig, Yagur, Sama* y
Atharva. El poder de la palabra
Sacrificio del fuego.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Mohandás Karamchad
Austera y pacíficamente luchaste por la dignidad de los
Hombres. Hilaste en la rueca el
Algodón de La India y La India entera te siguió para
Tomar la sal del
Mar, desafiando la ley los ingleses
Abandonad La India, clamabas

Gran alma
Alma grande
Nunca nadie vistió con tanta convicción un
Dhoti. Oración constante, ayunos
Heroicos. Padre de la nación, la
Independencia es tu obra.

Enclave de leyendas antiguas
Labor sagrada de monjes
Las tres religiones labrando
Oración de piedra
Retorno al vientre de la tierra
Ajanta te acompaña.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Armonía divina quebrantada por la gran
Masacre, infame
Represión de los ingleses. Pero otra vez
Irrumpe la sangre, invade, profana el
Templo de Oro
Sagrado santuario de los sikhs
Allí veneran el Libro, la voz de sus gurus
Recordando.

Onda originaria que resuena
Melodiosa, canto creador.

Ritmo de leyendas antiguas
Atracción, pasión, color
Gama de emociones
Ascienden y se reposan los sentimientos al
Son de la melodía.

Rápida corres de
Una mano a otra
Perseguida por todos, en el
Indostán imperas
Amiga de papel.

Bailes de leyenda antigua
Oriente estalla en una exuberante
Locura de canciones y danzas
Lluvia de color y alegría

Y mujeres guapísimas y peleas de
Western y melodramas de
Otro tiempo. Torbellino de romántico
Optimismo, de sueños y aventuras
Diversión inagotable.

Rezan mil cuatrocientas cuarenta y cuatro columnas
Artistas consumados las tallaron
Nieve de mármol, belleza sublime, templo de
Adinath. Rezan los pacíficos seguidores del
Kshatriya Mahavira, Gran Héroe,
Pureza perfecta predicó, respeto
Universal a la vida, no a la violencia. Es la
Religión de los Jainas.

Onda sonora que resuena
Melodiosa, canto creador.

Río de leyendas antiguas
Admirable periplo de Rama y Sita
Modelo de fidelidad conyugal
Amor, exilio, rapto, peleas
Y Hanumán con sus monos
Atacando al malvado Rávana
Nadie ignora la ejemplar historia del
Avatar de Vishnu, Valmiki la contó.

Rueda que rueda la rueda que
Enlaza y enreda
Entramado de eslabones
Nacimientos y muertes

Causa y efecto

Acción y reacción

Rueda que rueda la rueda

Nace, renace y vuelve a nacer. El

Apego y el deseo a la

Cadena encadenan, ley

Inexorable del Karma

Obstinado rotar del devenir ¿cuántos

Nacimientos hasta la liberación?

Onda originaria que resuena

Melodiosa, canto creador.

Bastión de leyendas antiguas

Horizonte inacabable de contrastes

Acogedora sonrisa de gentes amables

Ruta de místicos, de sabios y de

Animales amistosamente transitando

Tiempo intemporal.

Onda sonora que resuena

Melodiosa, canto creador.

Sagrada y sincera y hermosa y

Honda y humilde y amable y

Alborozada y amorosa y natural y

Noble y nutricia y temeraria y

Tranquila y triunfante sea la paz que

Inunda nuestro espíritu.

LINDA D'AMBROSIO MORALES

Para ti
no resulta necesario
este cuerpo que me pesa, que me duele.
Tienes de mí tal vez la mejor parte
en la incierta silueta de mi esencia
¿Cuántos cuerpos han pasado por tus manos?
Cuántas pieles deshojadas por tus dedos...
Para ti mis entrañas invisibles,
para ti el clamor sordo de mis huesos,
y la plegaria muda de mi sangre,
y la cansada luz con que te leo.
Para ti los colores de mi risa,
el invisible rumor del pensamiento
y la callada atención con que te sigo
y el regocijo infantil cuando te encuentro
Más presente que nunca en mis ausencias
para ti, lo que hay en mí de verdadero.

ANDREA PARÍS GÓMEZ

No quieres despertar

Dejas la mente en blanco. Tienes los ojos abiertos, empero, no ves nada. Tu rostro está inexpresivo, cualquiera diría que estás muy concentrado, pero tú simplemente disfrutas. No sabes cómo ocurre, sólo sabes que tus dedos se mueven con gran agilidad, que no paran aunque no estés dando órdenes conscientes para que se muevan. Estás inmerso en un sueño, un sueño que está siendo narrado por la voz más melódica y dulce, y hablado en el idioma más antiguo y menos valorado.

Ocurren cosas a tu alrededor: cosas cotidianas como el toser de alguno entre el resto de personas de la sala; cosas normales y ordinarias como el movimiento de las agujas del reloj... más no eres consciente de ello, ni siquiera eres consciente de ser tú mismo, ni siquiera de seguir en esa estancia.

Un mechón de cabello se resbala liberándose del recogido y cae sobre tu pómulo derecho acariciándote y cosquilleándote la tez; no lo sientes.

Sigues inmerso en tu sueño y cada vez te parece más y más real. No quieres despertar, no quieres que termine, te gusta, te sientes bien en tu mundo de bosques de fusas y silencios de blanca.

El único sentido que parece estar atendiendo a lo que pasa fuera de ti –el oído– selectivamente solo escucha la música; tu música. Es alegre, *presto e cantabile*. Quieres sonreír, deseas sonreír porque de algún modo, sin razón aparente, eres feliz. Sin embargo, no lo haces. No lo haces no por ganas, sino porque tu cuerpo no responde a ningún estímulo ni a ninguna orden, está poseído por el arte más cautivador.

Cadencia perfecta. Fin del primer movimiento. No se escucha nada por unos momentos, aquellos de los que te habías olvidado no quieren sacarte de tu sueño, todavía no.

Cierras los ojos, un eco a lo lejos te canta lo que escucharás segundos más tarde. Sabes lo que te va a decir, predices los acordes, conoces demasiado bien la trama.

Respiras y das la *anacrusa*; la historia no ha acabado aún.

Los protagonistas –tú y nadie más– ya no ríen, la tristeza parece estarse apoderando del aura. Quieres llorar, sientes un nudo en el estómago y calor bajo las mejillas y, conforme avanza la historia, cada vez se acentúa más y más tu pena. Pero, al igual que antes, tu rostro se mantiene inexpresivo, concentrado. Nadie se percata de la cantidad de emociones que afloran en tu interior, nadie se percata de tu gozo, nadie sabe lo que verdaderamente estás sintiendo más que tú.

La tensión, la tristeza, el agobio... la sexta napolitana, los acordes menores, las disonancias... Lloras y

sufres en tu interior porque la crónica te hace entristecer, y entristeces porque los sucesos carentes de verbo para conjugar te ocurren a ti porque tú eres el protagonista.

Concluyes bajando mucho el volumen, casi no escuchas nada pero sigues con las manos sobre el instrumento. Has cerrado los ojos, no puedes dejar la pesadilla atrás tan fácilmente. Lo haces al fin y al cabo.

Respiras, te preparas y te dispones a terminar la narración de la manera más habitual, como finalizan la gran mayoría de buenas historias; con un final feliz.

Y es así como de nuevo dejas volar tus dedos, como de nuevo vuelves a reír, como de nuevo te envuelven millones de emociones que nadie percibe más que tú. Te mueves acompañando la música con tu cuerpo, respiras en los pulsos fuertes, tu corazón late cada dos semicorcheas sin perder el pulso. No haces música, aprendes a dejar que la música salga de ti y a que coordine todo tu cuerpo. No eres ni un flautista, ni un arpista, ni un violinista, eres tú y el pedacito de música que llevas dentro.

El final de la historia, como cabía de esperar, es apoteósico y visceral. Terminas satisfecho con los hechos, emocionado y fascinado. Sientes algo parecido a lo que siente un lector después de terminar una novela con la que verdaderamente se ha sentido identificado y que le ha llegado, pero elevado al trillón.

Te desprendes de tu más fiel amigo y te diriges al público. Ha acabado, sí, una vez más debes volver al mundo real, o mejor dicho, al mundo al que todos consideran real.

ELENA ROMÁN

Restauración

Seguro que era a finales de enero
aunque fueran cuarenta los grados centígrados
y densa la población de moscas.

Pero seguro que era a finales de enero:
los hombres se acercaron a las ruinas,
se dieron la vuelta para no ser reconocidos
y se las bebieron.

A finales de enero no son habituales
las denuncias
ni las disculpas.

Todavía hay pintores rellenando ese vacío.
Pero cuando descansan un momento,
todo se les borra.

M^a ANTONIA RICAS PECES

Bajo el árbol del bien y del mal

¿Habéis oído el gorgoteo?

Ya nadie advierte
el ansia de las hojas de este árbol
inclinado y preciso hasta tu sombra.

Quizá los murciélagos lo oyen
en la noche;
se les ensaliva el paladar
y buscan la fuente de la sed
bajo el silencio.

Notan las burbujas del líquido
poco a poco más excitado
según crece la emergencia,
y perciben la predilección del manantial
por la serpiente
que se calienta en su deseo.

Nadie la ve desenroscándose
en el agua
y nadie escucha
las cancioncillas que ella le murmura
mientras se baña.

El mar

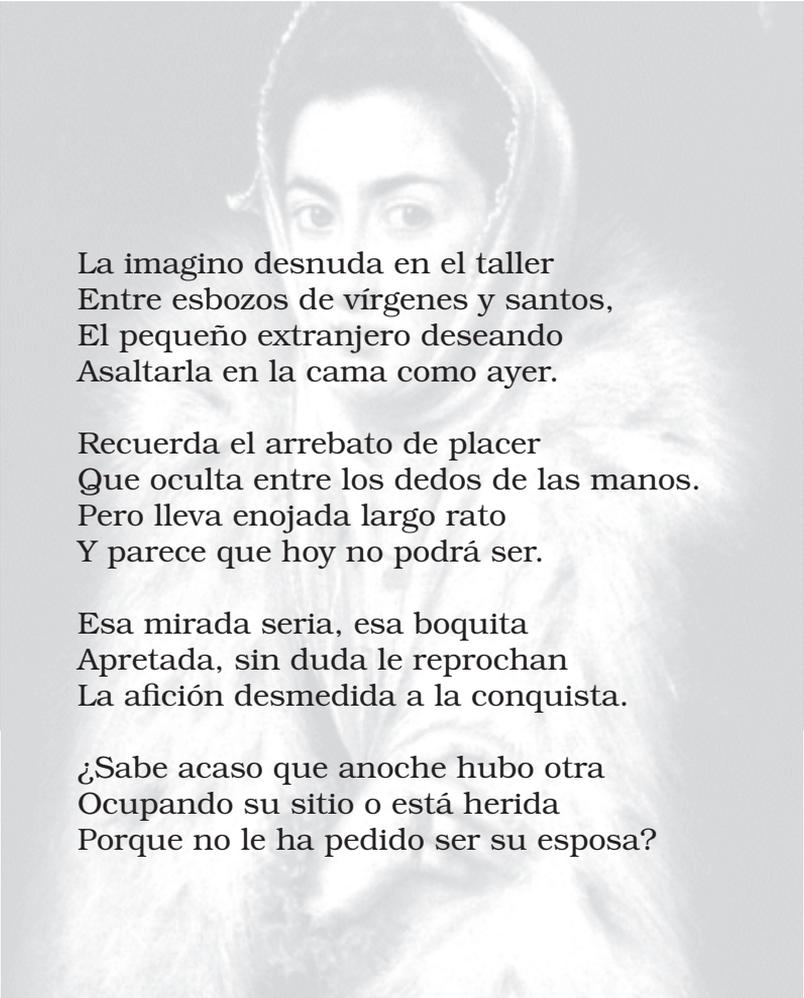
Tarde entraba el viento.
Parecía cantar
o quizá traía las voces
robadas de otra costa.

Decía
que era verdad la melodía
del corazón de las mujeres
pescadoras, que era verdad la canción dura
de esos jóvenes con sus labios
tersos pero mirando ferocísimos.

Si entraba el viento y recorría
la casa seseando
en espiral de caracola
-y parecía verdadero
el mar que no era
y verdadero este naufragio-.

Si el viento de verano
sumergía en la casa
a Debussy
sin marineros ni sus perlas.

PACO MORATA

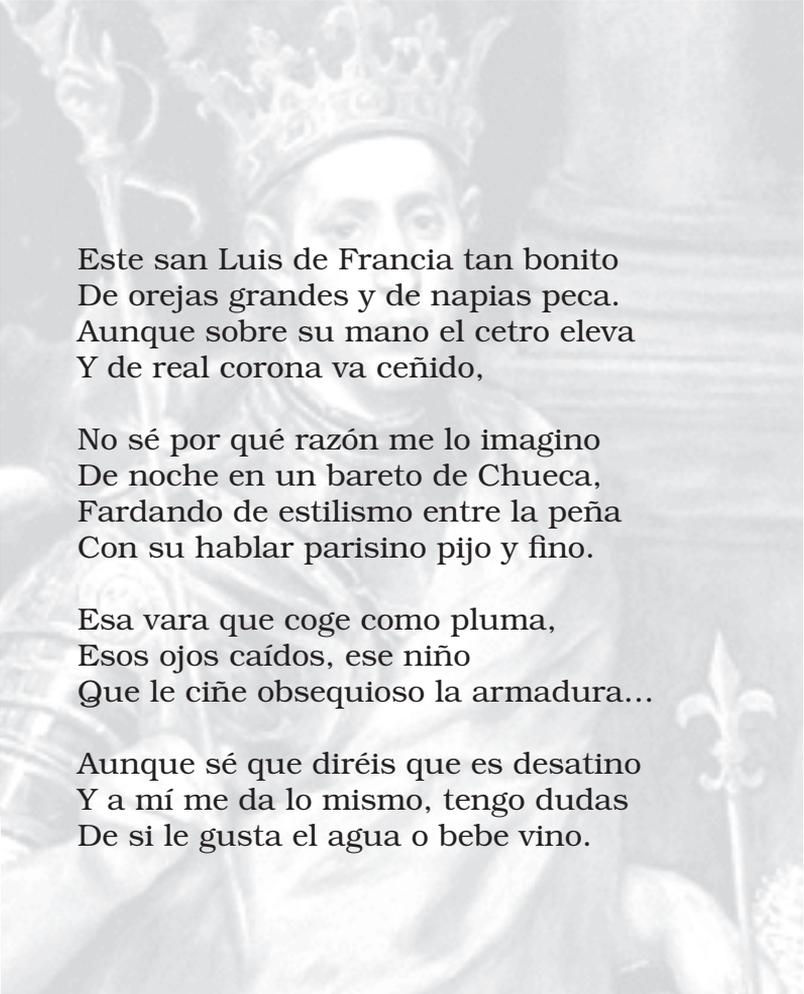


La imagino desnuda en el taller
Entre esbozos de vírgenes y santos,
El pequeño extranjero deseando
Asaltarla en la cama como ayer.

Recuerda el arrebató de placer
Que oculta entre los dedos de las manos.
Pero lleva enojada largo rato
Y parece que hoy no podrá ser.

Esa mirada seria, esa boquita
Apretada, sin duda le reprochan
La afición desmedida a la conquista.

¿Sabe acaso que anoche hubo otra
Ocupando su sitio o está herida
Porque no le ha pedido ser su esposa?

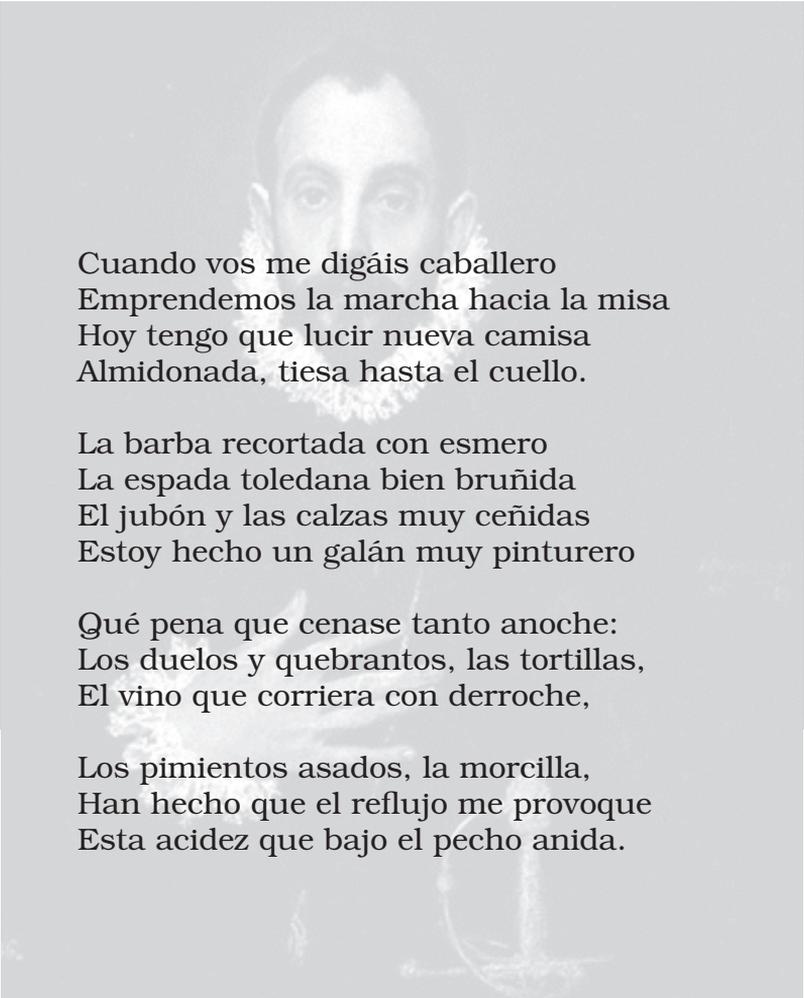


Este san Luis de Francia tan bonito
De orejas grandes y de napias peca.
Aunque sobre su mano el cetro eleva
Y de real corona va ceñido,

No sé por qué razón me lo imagino
De noche en un bareto de Chueca,
Fardando de estilismo entre la peña
Con su hablar parisino pijo y fino.

Esa vara que coge como pluma,
Esos ojos caídos, ese niño
Que le ciñe obsequioso la armadura...

Aunque sé que diréis que es desatino
Y a mí me da lo mismo, tengo dudas
De si le gusta el agua o bebe vino.



Cuando vos me digáis caballero
Emprendemos la marcha hacia la misa
Hoy tengo que lucir nueva camisa
Almidonada, tiesa hasta el cuello.

La barba recortada con esmero
La espada toledana bien bruñida
El jubón y las calzas muy ceñidas
Estoy hecho un galán muy pinturero

Qué pena que cenase tanto anoche:
Los duelos y quebrantos, las tortillas,
El vino que corriera con derroche,

Los pimientos asados, la morcilla,
Han hecho que el reflujo me provoque
Esta acidez que bajo el pecho anida.

JOSÉ MARÍA DE QUESADA

Turista en Nueva York

*Con permiso de Federico García Lorca,
porque sé que, las mariposas con verrugas
incandescentes que revoloteaban a su alrededor,
son hermanas de las que liberan mi alma.*

En España,
todos los pensamientos
bajo el sol.

En Nueva York,
todos los pensamientos
bajo el neón.
Neón multicolor,
de sueños mercantiles
que querrían ser la vida,
que querrían ser el único
universo posible.

La única dirección:
One Way.
Parece que toda esa América
fuese one way.
Para amar,
para sentir las miradas dirigidas
por miles de sapos

con párpados cosidos
al húmedo sol de Manhattan.

Por más que preguntara,
no pude encontrar un triciclo-taxi
que me llevara
a los fríos labios de Miss Liberty,
sentir su corona
como cilicio
en mi mente.
Volar por Broadway
en un triciclo alado
cual pegaso joliviense.

Del Magdaleniense a Broadway.
De Broadway,
al útero materno
incandescente,
impoluto de recuerdos,
ingrávido a las frustraciones.

Ya no hay grafitis en Nueva York.
Ya no hay pistoleros sangrientos,
amenazantes,
altivos,
insurrectos al Orden.

One Way, dicen los indicadores.
Treinta y ocho mil indigentes escondidos.
Treinta y ocho mil besos robados,
a las luces de Times Square.

Tanatos se recuerda
en carteles de atragantos,
en noticiarios Tío-Vivo
donde robots humanoides
fingen ser querubines de Chanel,
efigies de Armani,
prototipos American Way of Life.

Ya no hay moscas en Manhattan,
ni mosquitos bicéfalos,
ni hipopótamos sin canesú,
ni delfines tricolores.
No quedan pin-up en las esquinas,
ni un pincel perdido de Pollock
o una lágrima por Marilyn Monroe.

Hay una vida pertinaz...
¡Dólar! ¡Dólar!
Un tañer de risotadas
enumeradas,
clasificadas,
registradas,
identificadas.
Cuarenta y siete con Broadway,
hace crujir la tierra.
Sientes la espalda numerada
de la tortuga hispana,
deslizarse veloz
hacia la ventanilla
de los recuerdos no tenidos.

American Way of life.

Hermoso es descubrir
una sonrisa veraz
en el carnaval de máscaras hilarantes.
¡Dólar! ¡Dólar!

Times Square,
es un gigante hecho de megapíxeles.
Una Pompeya digital,
radiante de esplendor.
Un gran circo en función continua.

El turista es un funámbulo;
un acróbata deslumbrado
entre los comercios
que venden a chorros,
gotas de riqueza.
Una onza de sueño americano...
Cinco libras de felicidad terrenal...

Atardecer en Times Square:
Coca-Cola es un trocito,
de los cielos de Manhattan.

La función debe continuar.

Ciencia y vanidad
se elevan hasta los cielos,
con millones de ventanas,
donde caballeros raptados,

serán libertados por doncellas plateadas,
amazonas de unicornios de patas en espiral.
Centellea en mi mente,
un bisonte de Altamira
acurrucado, borracho de paz;
que sueña con saetas de pastos frescos
en la Séptima Avenida
ignorante de infortunios futuros.
¡Testarudo rumiante!
Starlet protagonista de los albores del arte.
¿Manadas de bisontes en Times Square?
Leonas asirias heridas
se arrastran por las escaleras del Metro,
a la busca del cementerio de los sueños.

RAFAEL J. PASCUAL

Ilustres e ilustrados

*A Alonso Zamora Vicente,
ilustrado ilustre*

No podía imaginar, mientras me hacían partícipe de aquella anécdota, que en un futuro tendría la mía propia sobre alguien a quien, en plena justicia, puede considerarse sujeto de ilustrada humanidad. Por eso cuando me contaban la forma absurda con que don Alonso Zamora Vicente, figura imprescindible de nuestras letras, se había visto obligado a dar un rodeo y ascender numerosos tramos de escalera, ante la feroz custodia de un salón de actos por cuya puerta principal se tenía orden de no dejar pasar a nadie, la mueca de resignación a la española se vino a mis labios sin poder evitarlo.

Que no por ser entonces don Alonso quien ya era, sino más bien por estar entrado en años y ser acreedor de la exención de todo esfuerzo improductivo, parecía de lógica que se le hubiera franqueado la entrada sin forzarle a subir a los palacios para bajar después a los valles. Y no medie reproche alguno hacia el obligado cancerbero, si además, como así ocurrió, recibe la comprensión resignada de quien se encuentra por encima de nuestra habitual ceguera, pues si algo podemos aventurar sobre este hombre de humildad y

llaneza perceptibles, es que era más devoto de valles que de palacios, de llanos que de príncipes, de la palabra dispuesta al servicio del ser humano antes que para su fijeza, lustre y esplendor.

Y es que don Alonso forma parte de una categoría curiosa que representa al hombre ilustrado y devenido ilustre, si en tal concepto incluimos no sólo a quien posee el saber de un área o espectro de la ciencia, sino también a quien sabe atemperarlo con la humildad y la discreción propia de aquel que cuanto más sabe, más consciente es de lo que le resta por saber, ganando por ello el reconocimiento de quienes le rodean.

Así me parece que puede definirse, en verdad, a don Alonso Zamora Vicente. Y así pude constatarlo cuando, años después de oír aquella anécdota, tuve el placer de conocer a un hombre con más años a sus espaldas, pero con tamaña ilustración en sí que la imagen de su rostro curtido por la edad, el gesto sabio, campechano, y sus palabras profundas y sencillas, me impresionaron dejando una huella indeleble que me acompaña siempre cuando he de recurrir a su memoria.

Enterado de que nos habíamos atrevido a dar su nombre a un modesto certamen literario, con el que pretendíamos animar la iniciativa lectora y creativa de los jóvenes, se presentó casi por sorpresa el día de entrega de galardones de aquella primera convocatoria ya tan lejana en el tiempo. Qué responsabilidad para los organizadores recibir a un hombre, muy

delicado de salud, que no tuvo sino agradecimientos para quienes le habíamos propuesto como buque insignia de esa pionera iniciativa. Sentado en la mesa presidencial desde donde se orquestaba el desarrollo de aquel acto, don Alonso no tuvo reparo alguno en recordar su larga trayectoria ligada a una institución que así le honraba, y no tuvo vergüenza alguna en dejar rodar unas lágrimas de agradecimiento como le ocurre a cualquier ilustrado ilustre que, sin duda, no tiene sino el para nosotros incomprensible pensamiento de que tal homenaje le es inmerecido. Y es que así de ilustrado era aquel hombre ilustre –más de lo primero y mucho de lo segundo– que con igual humildad me agradecería, personalmente y ya en la despedida, que hubiéramos puesto en marcha aquel tinglado, dándole, afortunadamente, su nombre; que poco antes del comienzo del evento y durante la recepción, había mantenido una animosa charla conmigo sobre el lugar de mis primeras vivencias, lo que le dio pie a participarme recuerdos propios de sitios que yo, realmente, no podía identificar con mis andanzas.

Quería el destino que ambos viviésemos, entonces, en la misma localidad y, aunque no recuerdo si esto quedó mencionado, sí puedo rescatar su animada sugerencia de que lo visitase: qué más ilustración puede pedirse a quien invita a un extraño a su hogar con tanta sencillez y desparpajo. Pero quería también el destino, por desgracia, que don Alonso no pudiera acompañarnos ya en el acto de entrega de premios de la siguiente convocatoria, ni que aquella invitación pudiera materializarse en modo alguno, pues

la muerte fue a encontrarle algunos meses después, creo recordar, mientras dormía. Sentí aquello profundamente, con no haber conocido a aquel hombre maravilloso sino de una anécdota referida hacía años y del encuentro que acabo de exponer, lo que muestra de qué manera tan honda puede una persona de verdadera ilustración calar en nosotros.

De su figura y su labor quedan muchos rastros. En sus libros, en sus artículos, en su paso por la Real Academia Española, en sus palabras y en sus gestos, en aquellos recuerdos que a mí me implican, reside la profundidad indiscutible de Alonso Zamora Vicente. Nos queda también esa iniciativa que lleva su nombre, aún hoy después de diez años, y que responde, con sus ambiciosos objetivos ilustrados y su poca intención de hacerse ilustre, a la imagen de un hombre generoso cuyo recuerdo exige mantenerse vivo en esta época nuestra de mucha forma y poco fondo.

Mantengan clara, por tanto, la diferencia entre el ser ilustre e ilustrado, y acuérdense siempre de don Alonso si precisan de un ejemplo. Estoy seguro de que esta imagen les ayudará si se ven obligados a hacer subir a alguien de cierta edad muchas escaleras, escatimándole la entrada sencilla y sin esfuerzo, y a cambio reciben apenas dos preguntas inocentes, una breve conversación de la cual pueden quedar gratamente impresionados, y el justo resquemor de haberle hecho subir hasta el gallinero. Están frente a un ilustrado (ilustre o no).

ENRIQUE GALINDO

Distinta copa

Frente a una mesa
La Vida y La Muerte brindan.
Vida bebe tinto, viste de negro
-matiz que engalana y adelgaza-.
Muerte tiene buen color
-su ropa es de niebla y gasa-,
gusta del blanco afrutado
oro y luz achampañado.

Vida es pálida,
se nutre de flaquezas,
de guerras, de alimañas,
de hambre a veces y conflictos.
Al hablar se desmenuza.

Muerte es dulce y plácida,
huele a vino especiado,
a resina y a naranja de verano.
Mira, y los trabajos pendientes quedan
liberados por la eternidad,
habla y todo ha sido adecuado
en su justa medida,
todo igualado.

Vida levanta la copa y recuerda,
hace ya que sueña el pasado,
casi siempre arrepentida,
hace ya que recuerda el futuro,
siempre incierto y augurable.
No está contenta a pesar del licor
que refleja el cáliz.

Muerte brinda por la paz,
por el color rubí burdeos ambarino
purpúreo rojizo malva
carmín rosado teja tostado
que todo lo equipara.

Brindan y avivan los taninos.
La mesa impide que se mezclen.
Es la misma copa y distinto vino
chocando y rompiendo el eco de la Historia.

Muerte reluce de espejismo y esperanza,
arcaica como el mundo.
Vida, joven de cava y chispeante,
atrae mosquitos de relámpago,
tardes de cáliz nuevo,
convoca los taninos a su paso.

Brindan y envejecen los viñedos,
los surcos, las bellezas.

Muerte es barrica en roble,
el Gran Reserva.
Vida un renovado peregrinar
de vaso a copa, de copa a vaso,
un joven afrutado inconformista.
Vida llora pensamientos
en sinfines y esperanzas.
Muerte escancia el caldo
de la risa y la cordura.

Distinta copa, el vino el mismo.

Frente a una mesa,
la vida y la muerte brindan
y el roce del cristal
hace estallar la eternidad.

Distinto vino, la copa igual.

La ropa blanca vomitada por la lavadora cíclope,
[que **yo**
engancho en las cuerdas del patio interior
con pequeño cuadrado de cielo,
desata olor a suavizante.
La camisa blanca de esperanza,
colgada a secar para la manifestación
[del primero de mayo.
Y la ropa interior colmada de un blanco paciencia.
Una inquietud pestilente oscurece mi alma
al pensar que no habrá nietos que tiendan
[ropa blanca.



J. Morato 2014

Retrato de El Greco con
su amigo el poeta
Fray Hortencio Paravicino

OLGA RUIZ TRINIDAD

Tacones que derriten almas

*El que esté libre de pecado que tire la primera piedra
(Juan 8:2-11 KJV)*

Mi mundo fantástico, el que habito cuando quiero redescubrir quién soy realmente, se destapa el viernes tras la Universidad, al regresar a casa. Algo necesario para libertar tensiones. Un instinto primitivo de supervivencia de la especie, quizás un ejercicio práctico. Subo a mi cuarto, echo el pestillo y me tumbo en la cama. Es mi momento. Observo las musarañas mientras comienzo a relajarme. En un lapsus de tiempo de veinte minutos puede llegar a trascurrir todo, otros aseguran que con once es suficiente, en mi caso, necesito algo más. Poco a poco me sosiego, cierro los ojos y respiro profundamente. Siento el bombeo de mi corazón decelerarse, despacio, encontrando su armonía y olvidando los ritmos sincopados de mi diletante existencia. Encuentro el equilibrio aunque para ello, tardo un rato superior a lo esperable casi siempre. Soy plenamente consciente de que esto no es un sueño, ese mundo está ahí y se extiende desde mi interior hacia el exterior buscando la fogosidad de mi mano. Huelo a sudor y testosterona. Prosigo. Floto en medio de un cielo y un infierno desde el que algunos seres extraños me abrazan y me gusta. Bajo unas escaleras

bastante empinadas con riesgo de caer –ya sé que tienen veinte peldaños con un descanso central– y los seres siguen abrazándome y desnudándome, me acaroro y prosigo drogado por una especie de gas de la felicidad. No hay luz en el antro oscuro inferior pero no me importa, estoy atravesando un bosque de culpabilidades ancestrales cargado de olmos que, poco a poco, voy dejando atrás. Lentamente mis retinas se acostumbran a esa penumbra impredecible. Después oigo los cuervos lejanos, los cuervos siempre joden cualquier historia, y no sé por qué en mis momentos previos siempre hay cuervos. Luego llega el fuego purificador. Debería sentir miedo, pero no sucede así. Yo sé, por costumbre, que este fuego es preámbulo del éxtasis y espero, espero... deleitándome en ese instante. El fuego quema mi pelo, mi cara, todo mi cuerpo y me deja limpio. Comienza la metamorfosis mental, comienza la definición de esta historia única e irrepetible; busco todos los estímulos de mis últimos días. Así se abre la veda: empieza la búsqueda. El cómplice de paso está ahí fuera. Puede ser ella, o él. Pueden ser dos varones o un trío de reinas a la vez. Solteras o casados. No me preocupo demasiado por la opción, sólo yo, mi, me, conmigo y mis múltiples vicios. Soy un animal en celo dispuesto a todo por saborear una nueva presa entre mis brazos. Un nuevo triunfo para mi lista. Soy capaz de todo.

Justo en ese instante, escucho la voz de mi madre increpándome nuevamente desde el piso inferior: ¡Date prisa, tengo que marcharme al trabajo! ¡Siempre lo mismo, siempre lo mismo! No tienes ni un ratito para

tomarte un café conmigo. Y pienso: ¡Mierda, cállate, no me despistes, estoy concentrado! Y le contesto: Sí, ya voy, ya voy. Espera un rato.

En esos momentos, una madre es la única persona que no entra dentro de tus expectativas, –los cuervos y las madres pueden estropear cualquier historia de esta índole, repito–.

Antes de venirme abajo, vuelvo a mi mundo fantástico. Cierro los ojos, respiro profundamente y prosigo. Una emoción fuerte. Sí. Ya me cansé de quejarme del pasado, de entristecerme por la falta de suerte, por la inercia. He hecho pactos satánicos con Cupido, ahora soy yo el que le ha robado algunas flechas, nuevas o usadas, da igual. Ahora soy yo quien apunta y dispara. Tan fuerte, que puedo, incluso, matar. Manos sueltas, pelo suelto, cuerpos sueltos, tacones que derriten almas que habitan fuera, o que no habitan; sólo se dejan llevar. Ahí están esperando, tan sumisas y tristes. ¡Pobrecitas...! Tan esclavas y necesitadas de algo por lo que suspirar el resto de la semana. Ya no me siento mal por pensar en el dolor y en el amor, ambos sentimientos se fusionan, se dan la mano, se vuelven cómplices a ratos y otras se odian. Depende de tantos factores... depende de tantas personas. Nunca hay dos amos iguales, nunca hay dos esclavos iguales. Nunca se pisan tacones que derriten almas que habitan fuera sin sentirse dentro. Así, en espiral, emocionado, con ese mi mundo fantástico, enredado en mis múltiples juegos mentales. No sueño, no, imagino, jadeo, me acelero y exploto.

Nuevamente mi progenitora desde la planta baja del chalet, insiste voceando: Bueno, yo me voy, aquí te dejo la cena, nos vemos a las diez. Por cierto, acaba de llegar tu querida novia Sofía, está subiendo, te aviso.

-No, sí, digo claro, que suba, espera, bueno, no, sólo un minuto, en fin, bueno, ya estoy... ¡Leches!

MARÍA LUISA GONZÁLEZ RUIZ

Aprovechando una ola

Solía caminar descalza
entre el límite de la arena
y la espuma salada.

Buscaba algún velero
cargado de sueños
o la barca de Miguel,
el pescador que nunca regresó.

Estuve muchos días como su esposa:
quieta junto a la playa.
Por temor a convertirme
en roca blanca como Ana,
volví a andar
y a mirar el horizonte.

No pude ver nada, nadie.
Vivo en una isla muy rara:
no la rodea ningún mar.
La suerte la busco,
pocas veces la encuentro.
Al final de mi calle
hay un río amargo.

Cuando lleva poco caudal
puedo cruzarlo a pie,
pero si es abundante
me subo a una de sus olas
aprovechando el viento a favor.

Nado buscando el velero,
me niego a quedarme
varada en la tierra.

SANTIAGO SASTRE

Perdóname por ir así buscándote

PEDRO SALINAS

PERDÓNAME POR IR ASÍ BUSCÁNDOTE
en la cama de forma inoportuna.
Si mis pies se aposentán en tus pies
porque necesitan el mejor suelo.
Si tengo ganas de ti y se me van
las manos a la alfombra de tu pubis.
Si te hago la cucharita pegándome
por detrás como una lapa (y tú
saboreas la sopa de los sueños).
Si al girarme viene una mariposa
que siembra en el colchón un terremoto.
Si mi nariz o la garganta dan
la serenata con hondos ronquidos
en do mayor. Si me pongo muy pesado
como un sindicalista convencido
muy revolucionario con tu cuerpo.
Cuando enciendo la luz de la mesilla
para beber agua. Si te molesto
cuando paso las hojas de algún libro.
Perdóname por ir así buscándote,
erosionando tu sueño, podándole
las ramas, enturbiando más tu noche,
buscándome a mí mismo tantas veces.

JOAN GONPER

Ensalada cromática

Ingredientes

- 2 tomates maduros
- ½ cebolla
- 4 cucharadas de aceite de oliva virgen extra
- ½ ajo
- 2 huevos
- 1 cucharada de zumo de limón
- 1 cucharada de pimentón de la Vera
- sal

La luz resbala por el pardo muro de este edificio pavoroso que en parte vistió hiedra y musgo oscuro que, en parte desconchado, fue ruinoso.

Y cuando el pintor en su empeño Allá, los abrumados poetas; aquí, la llama del postrer color lastimero. Y más allá el sonido del badajo ensangrentado.

¡Oh! En este crisol ardiente vinieron purificando el gesto, el jugo, el juego y un grito secreto. Trajeron a la mente gloria y, cuando bañando la hermosura con alguna lágrima preciosa, la diablura.

Nota: Tómese el almirez, el tenedor y el plato. Haga el aquelarre el pintor brujo, componga colores arabescos y haciendo el esmalte, espléndido con el aceite, avaro con la sal, sibarita con el aceite y loco por agitarlo, forme el círculo cromático. Y tras el conjuro luego esparza el tinte.

JAIME LORENTE PULGAR

Otra perspectiva de “El soplón”

Nadie repara en la soledad
de una llama oscura,
de cómo se abalanza la muerte sobre la vida
que iguala ascua y hombre,
luz y quimera.

Nadie repara en la soledad
del viento,
obligado a devolver a la muerte
su moneda de cambio
por costear a rastras la vida inocente
de un simple anónimo.

Nadie repara en la soledad
del pintor desdibujado
que encadena su pincel
del concepto a la figura,
decidiendo su suerte.

Mientras una lúcida vela
y un soplo que delira
espera a la muerte.
Porque no es un niño que juega,
es la nada que ya respira...

Búsquedas (I)

I

Tal vez pueda describirme,
seré las hojas del limonero
en el zaguán que transitan
mis ácidas tristezas
o las mondas de mis lamentos.

Acaso pueda describirme,
¿pero hasta dónde
este bodegón de materias caducas?

II

¿Pueden los hombres alcanzar la piel
de cada uno de sus defectos?

III

La 'verdad' calza botines de fina pedrería,
y quienes sospechamos de ella,
quienes comprendemos
la infinita dirección y poso de la palabras,
preferimos caminar descalzos.

IV

'Lo que perdura, lo fundan los poetas'
escribió Hölderlin.
Somos poesía civil,
ésa es nuestra fuerza: la respuesta de la palabra,
aunque intenten sucumbirnos.

Haikus

I
luna creciente,
caminando en la acera
miro mi cuerpo

II
coger las uvas
bajo el sol de invierno,
las manos frías

III
aquel olor
de la tierra cultivada
tras la lluvia

IV
sobre el agua
todavía no asoma
ningún pez muerto

V
siesta del caracol,
junto a la hoja
la fina lluvia

VI
orinando a oscuras
sobre el tomillo,
luna de invierno

Juegos de cama

Cuando te marchas cada mañana
la habitación se encoge,
las paredes se respiran, se acarician,
y arrinconan soledad
y se secan las orquídeas que riegas,
y la puerta se hace más grande
y noto que algo en mí se agrieta.

Y yo no soy el mismo,
sé que lo percibes.
Me desconcierta no haber vivido
otras vidas,
no haber tomado otras decisiones.
Me debato entre las dudas solo,
creando oleajes artificiales.
Exhausto me golpeo, me freno,
me desboco contra las paredes
si aún respiro.

Todo vuelve a su calma aparente
cuando abres la puerta
y comienzo a sentir lo mismo
que hace diez años,
y reinicio la posibilidad de sentirte.
Me tranquiliza
la seguridad de tu abrazo cotidiano,
certeza de que eres tú.

Arrinconan las dudas,
se hacen más pequeñas, se disipan,
y las paredes vuelven a su origen,
y la puerta vuelve a ser puerta,
y las orquídeas me sonríen,
y hacemos el amor como nunca
y todo, de nuevo,
un *dejà vu* que parece ser costumbre,
empieza a cobrar sentido.

MARTA CARPINTERO HENSEN

Con el alma en la tripa

Hoy siento el alma en la tripa,
y el revoltijo es tan profundo,
que no paro de vomitar realidad.

Hoy siento el alma en los ojos,
y la desolación me hace ver
dragones sin fuego que expulsar.

Hoy siento el alma en los dedos,
y la tristeza sube a mi cabeza deprisa,
para suicidarse estrellándose contra mis pies.

Hoy siento el alma en los oídos,
y se me clava el llanto de los incunables,
y la ira de los desdichados.

Hoy siento el alma lejos del corazón.
Hoy te siento a años luz.
Hoy siento que *nunca* es igual que *siempre*.
Hoy te añoro en mi verdad.

Hoy sé que nunca lo entenderás.
Hoy sé que nunca me descifrarás.
Hoy, sé que soy materia inabarcable para ti.
Hoy siento el alma fuera de su sitio,
y nada de lo que diga la hará volver.

Hoy no puedo respirar.
Hoy no dejo de llorar.

El cielo tampoco respira,
se encogió y empezó a llover.

Hoy tengo el alma en la tripa...
...y el mundo colgando a mis pies.

La Bruja siempre lleva razón

Se baten a muerte la Bruja de mi vientre
y la Dama de mi mente.

Dama blanca y faro de paz
espada de palabras
y caricias de luz solar.

Bruja azul y estrella de fuego
flecha de locura
y besos de fiero hielo.

Atraviesa el hierro con adjetivos
los ojos de la pasión,
responde la flecha con orgasmos
hacia el centro de la razón.

Son la luna y las nubes
testigos de tan gran duelo a traición.
Llora Selena el fracaso
a su súplica de reconciliación.

Chocan palabras con locura,
caen en combate caricias de versos
y besos de inspiración.
Desconocen la Dama y la Bruja,
que sin mente en el vientre
y sin vientre en la mente
no nacen ríos de la garganta al corazón.

Toman las nubes los cuerpos sin vida de las Musas
de lo tangible y lo que no,
las llevan a los altares de los Sueños Rotos
para vanagloriar su nombre y su triste historia de
amor...

Resucita la Dama en el vientre de la Bruja
y llorosa le ruega su protección y perdón,
contesta la Bruja de fuego con un gran beso de unión.

Mar de Venus

Respiro sobre tu huella,
sabiendo que la luna me mira,
palpo el barro,
y las estrellas se difuminan.

De nuevo ese olor a espigas de fresa
y ese sabor a aceite de sal.

Ese vacío en la infinitud de mis brazos.
Duermo en ti.
Un tesoro corre por mis venas
que son corales de arena
de un mar en do menor.

Esta habitación atravesada
por rayos de sardinas frescas
a la luz de un cigarrillo rubio.

Este verde mar
que cruje y mastica.

Este mar violeta
que espeja a Venus
cuando se maquilla.

Un mar de montañas que olean
a ritmo de espada y banderilla española.

Una cama que me acuna,
mientras respiro sobre tu huella,
sabiendo que la luna me mira,
intentando palpar tu cuerpo ausente...
Las estrellas se difuminan...

Encuentro

Un diccionario de hojas de palmera
abierto y sonriente
sobre una mesa de arena
frente a dulces olas
ensombradas por nubes violetas.

Un hombre con manos de seda
absorbido por las burbujas
que oceanean a lo lejos.

Un suelo que acurruca amoroso
sus azules sueños
de labios de fresa.

¿Qué hará ella?

El diccionario de la Vida
no muestra *Nostalgia* ni *Amor*.
Nostalgia en el tacto.
Amor en la sangre.

Lluvia dolorosa emana
de sus cansados ojos.

¿Cuándo volveré a verla?

Te siento volando alrededor.
Moriré pronto,
y este diccionario de palmera
se abrirá
por la página de *Encuentro*.
Cesará mi amarga espera.

Enamoras mis Sueños

Rodeas mi Alma
de burbujas cosquilleantes,
y arañas mis pulmones,
con campanillas de jabón.

Cortas el sonido
con pestañas de terciopelo
y acaricias los silencios
con cuchillos de algodón.

Atraes los vientos orientales
con miradas de azahar.

Atardece sereno el sol.

Te besan los sabores africanos
con sus palmas y su tambor.

Amanece desnudo el color.

Inspiras.

Encoje el mundo.

Suspiras.

Arde el cielo.

Te muerdo.

Pinto el suelo.

Me muerdes.

Abrasas el hielo.

Vuelo.

No tengo miedo...

Vuelas...

Enloqueces de amor mis sueños.

MARÍA JOSÉ VIOQUE

Flotar sobre un mar de abrazos
cada mañana
impregnada de espuma y
caracolas junto al malecón.

Viajar por el mapa
de tu cuerpo
surcando arrugas y deseos,
todos encerrados en cajas de cartón.

Soñar sin pedir disculpas
entre huecos tapiados por musgos y áureas
rompiendo mi sexo sonámbulo
como un dulce hielo flotante.

Flotar sobre espuma,
viajar con mapas,
soñar sólo abrazos.

JOAQUÍN COPEIRO

¡Putá dieta!

Desde el final del tramo, antes de tomar el rellano que lo conducirá definitivamente hacia la calle, Marcos vuelve la cabeza para recibir de nuevo la complaciente sonrisa del dietista. Lleva año y medio atravesando aquel zaguán dos veces al mes, a cincuenta pavos cada vez, treinta y seis consultas en total, mil ochocientos eurazos que le han salido del alma y del cogote, pero ha logrado reducir en cincuenta kilos las adiposidades que venía sobrellevando desde que su madre lo parió, hace de esto cincuenta y siete años.

–Sus resultados son excelentes, amigo Marcos, excelentes. Recuerde que no creía mucho en mi plan. Pero usted ha podido comprobar en carne propia («y en mi cuenta corriente») su espectacular eficacia, y tampoco ha sufrido en exceso por ello («¡doctor, que llevo año y medio sin probar el jamón ibérico ni el queso manchego!»), no más que quien deja de fumar («¡más, más, mucho más, que usted no sabe lo que es contenerse frente a los cocidos completos del Choto o ante las montañas de nata montada del Arena Dorada!»), no más que quien se cuida una alergia («¡dieciocho meses sin probar la cerveza, doctor, dieciocho meses!»). Y ahora parece usted un modelo de *Emidio Tucci* («pero ella es como si siguiera viviendo con el

peor Oliver Hardy de todos los tiempos, anafrodisia total»).

El dietista lo ha despedido con varias palmaditas en la espalda y enfundándose en un bolsillo del pantalón el último billete de cincuenta. Pero ya en la calle, Marcos respira satisfecho una bocanada de azul, mira a un lado y otro, y se decide a embocar el atajo que habrá de conducirlo hacia la zona comercial. «Le regalaré a Marisa un ramo de rosas frescas y una estancia por ocho días para mayores de cincuenta y cinco en algún hotelito de Cádiz: ¡total, doscientos setenta y cinco euros por cabeza, pensión completa en un cuatro estrellas, que me lo ha dicho esta mañana en el parque mi vecino Ángel, menos que en casa, Marcos, menos que en casa, y no hay que preocuparse de nada!».

—¿Te gustan?

—Son preciosas, mi amor. Dame un beso.

—Toma.

Y le entrega, con una sonrisa y los labios amorrados por estimulantes expectativas, las reservas del hotel. Pero Marisa dilata el diámetro de sus pupilas para que por ellas penetre bien la imagen de tan maravillosos papeles, coge las reservas y se retira junto a la ventana para leer los detalles; naturalmente, los labios de Marcos permanecen aleteando en el aire sin pista para el aterrizaje.—¡Qué bien vas a estar con los bañadores que te he comprado! ¡Con ese tipito que se te ha quedado! Parece mentira. ¡Hollywood, como

un galán de Hollywood! ¡Guapo! –Se acerca a él, lo toma de las manos, lo atrae hacia ella, de nuevo los labios de él amorrados en espera de acontecimientos, le coge la cabeza, se la inclina hacia delante y lo besa en la frente-. Gracias, mi amor.

¡Hombre, se siente halagado! Es cierto que hoy tampoco las cosas van a ir a mayores, pero no está mal que la propia pareja lo compare a uno con un galán de Hollywood nada menos. Sí, la dieta, el sacrificio que le ha costado y que le cuesta, sus abstinencias insufribles, las cervecitas, las tortillitas de patata, las barbacoas de los cuñados, las butifarras, las chuletitas, las pancetas, los helados de nueces de macadamia, las milhojas de Santa Águeda, todo, todo ha valido la pena para al fin encontrarse como ahora, ágil, ligero, más puesto y elegante, más atractivo.

–¡Coño, Marcos, deja que te mire! –le dice esa misma tarde en la plaza su amigo Paco, que lleva dos años fuera de la ciudad porque la multinacional en la que trabaja decidió desplazarlo al otro extremo del país-. ¡Qué bien te veo, tío, qué bien te veo!

–¡Pues ya ves, la dieta!

–¡Coño, coño!

–Que se empeñó Marisa y, al final, cincuenta kilitos menos.

–¿Cincuenta kilos? ¿Qué me dices? Pues, chico, estás con un tipazo.

–Eso dice ella, pero...

–¿Ya nos estamos quejando? Tío, las mujeres son las mujeres. ¿Y qué me cuentas?

–Que nos vamos unos diítas a la playa.

–Allí, allí es donde vas a ligar, y con una de treinta.

–¡Más quisiera...!

–Que sí, tío, que te veo muy bien. Hay chavalitas a las que les gustan las arrugas de los tipos curtidos, los pómulos salientes...

A medida que su amigo habla, Marcos se palpa las zonas del cuerpo por él referidas: los pellejos arrugados del cuello, de las mejillas, los huesos de los pómulos...

–Tienes que darte todas las mañanas con la barrita de l'Oréal debajo de los ojos, para combatir las ojeras y que no parezcan tan hundidos –«ojeras, ojos hundidos»–, y sonreír todo lo que puedas, que no estés tan triste, con esas comisuras tan caídas –«comisuras caídas»–, aunque a muchas chicas les gustan los de la tercera edad, siempre que sean divertidos –«tercera edad»–, tengan buen tipo y no les cuelguen los pellejos de la tripa si se ponen en bañador? «pellejos en la tripa»–, ni los de las nalgas cuando estén en bolas –«pellejos de las nalgas»–. Pero perdona, Marcos, tío, que he quedado con mi mujer y no la quiero hacer esperar.

Y Marcos estrecha la mano de su amigo y lo ve alejarse, abandonar la plaza. Él, por su parte, se acerca a la peluquería, se planta frente al espejo del esca-

parate, se eleva las comisuras de los labios con los dedos índice de ambas manos, se estira las mejillas con ellas, tensa los pellejos de sus ojeras, se pellizca los que quedan de sus pechos antes abultados, los que contenían sus michelines y, aspirando cuanto aire sus pulmones son capaces de aspirar, «¡A tomar por culo la puta dieta!», corre hasta la pastelería de Santa Águeda, para afrontar la más linda sonrisa de la más bella dependienta.

-¡Media docena de bambas de nata, por favor!

INMACULADA GÓMEZ VERA

A veces pienso...

I

Hay quien se hace acreedor de dádivas
y quien prefiere serlo solo de deudas;
ambos se empeñan.
Unos en ellas, otros con ellas.
Pero ambos se enredan en sus propias raíces.

Vanidad inerte del escarabajo
que, dejándose atrapar por los hilos del estiércol,
confecciona un minúsculo mundo,
compresor del universo.
Mentira mayúscula convertida en verdad constreñida
donde se atisba el pánico
de la desmedida imaginación
del ser humano.

II

No quiero ser el *brick* abandonado al pie de un banco,
ni el amarillo amasijo de aluminio junto a la papelera.
Escrutada hasta el infinito,
se admira la porcelana junto al contenedor:
excesiva, inútil.
Ninguno se atreve a hacerla añicos.
Y, en sus conciencias, la postergan,
como algo inmarcesible.

Sin conciencia

Como la lija en el encerado, rayando
 [y ensangrentando,
tu mano artrítica percute en esa bóveda
rayando e impacientando.

Cajones, cerrar, abrir. Cerrojos, abrir, cerrar.

Repitiendo escenas como repites las cosas
 [y las historias,
sin contar con lo que dices, contando sin conciencia
por llenar esos inmensos vacíos que habitas
y que pretendes sitiar con el fino celofán
 [de tu existencia,
tan superficial como tus palabras,
tan efímero como tus pensamientos,
citados todos a la obsesión de un luminoso fanal
que palpita de exigencia y no de indulgencia.

Cajones, puertas, cremalleras, cerrar, abrir.

Luz de gas, tan pobre como la seda de tu pelo
que se extingue con el agua y se encrespa
 [con la laca,
cuando media vida la malgastas aferrada
 [la almohada
y al teclado de un avaricioso adminículo que contenta
el hueco de las horas y el páramo de tus
 [pensamientos.

Espinosa flor de rígida urdimbre,
viola de un cuerpo corroído por el desamor
de la araña que no pudo retener entre los hilos
[de su paño
la llave de sus deseos.

Puertas, cerrar...

RODRIGO MEDINA RICAS

Reconstrucción

Llega un momento en la vida
en el que las noches se hacen cortas
los escalones altos se saltan de dos en dos
y una vez más
cansado de estar cansado
el joven poeta vuelve a sonreír.

En el fondo es malo jugar con la felicidad
lo dijo un flaco miles de veces:
los mejores poemas se hacen a base de cánceres
[de pulmón
y sobretodo
a base de mujeres que abandonan las piernas largas
y los amores delgados.

Si algo demuestra el viento
el tiempo
y las distancias pasajeras es
que sólo soy dueño de aquello de lo que puedo
[prescindir
es decir
sólo soy de las palabras que nos separan
porque del resto
me siento prisionero eterno
y la fianza
la fianza que tendré que pagar no es más que

el primer metro que recorres cuando abandonas
[al amor de tu vida.

Sin ninguna duda,
todo acabó antes de empezar
te eché de menos cada día hasta que te conocí.

No es tan fácil,
parece que somos adictos a los besos pasajeros
a disparar a quemarropa contra labios que no besan
[como los tuyos
sin embargo,
aunque me pareció amarte una de cada tres noches
todo está igual que antes de ayer.

Creo que cuando dije a medio llorar que la vida sigue,
exageré demasiado.

EUDALDO DÍAZ-ROPERO

El grito

La angustia me sobrecoge, la respiración se me entrecorta, el corazón late con la intensidad del pánico, agonizo. Siento su horrenda silueta acechar mi demacrado cuerpo.

El grito me desgarró los tímpanos. Cuando la vi caer desplomada al suelo intuí que había muerto.

Entonces éramos jóvenes, divertidas y, a los ojos de los hombres, guapas. Nos habían invitado a unas vacaciones. El viejo caserón conservaba su estructura original. Cinco siglos contemplaban aquellos muros umbrosos repletos de leyenda.

La tormenta sacó a relucir el tema. Veinte habitaciones, una cerrada con llave desde hacía doscientos años. ¿Por qué?

La curiosidad mató...

Merendábamos en el porche. Desde nuestra posición se divisaba la ventana. Una cortina roja se adivinaba a través de los cristales sucios. Quisimos pasar la noche en ella, las dos solas. Nos lo advirtieron...

Era amplia y mostraba un aspecto tétrico y calmoso. La cama se situaba a la izquierda de la entrada, enfrente un armario con espejo, y al otro lado una

cómoda barroca, además de un nutrido mobiliario añejo y desvencijado.

La noche se había adueñado del ambiente. Descorrimos la cortina. Apagamos la llama de la vela. Los relámpagos se introducían empujados por el trueno creando una atmósfera de vértigo y tensión entre telarañas que vibraban en turbidos espacios. Nos tapamos con las sábanas. Temblábamos...

Noté que se levantó. Oí ruidos extraños, un rumor ininteligible y seco que retumbaba cacofónico.

Somnolienta, no atinaba a saber si se trataba de una pesadilla o de la triste realidad. Al trasluz de la intermitencia de los rayos la quise vislumbrar pasearse por la habitación arrastrando su pesar. Me pareció verla contemplarse en el espejo del armario y marchar hacia la cómoda...

...Mil veces acudí a su tumba en respuesta a una pregunta jamás cumplida. Me estrujaba el cerebro intentando desvelar esos últimos minutos. La amnesia me los había borrado, pulverizándolos de mi memoria amarga.

...Me consumo en esta tenebrosa incertidumbre. Se aproxima a mi lecho. Las arrugas de mi cara apenas permiten abrir mis ojos. La observo entre tinieblas. Una gélida mirada hueca se clava en mí, inyec-

tada en sangre. Su boca emite un simún de voces cavernosas que asesinan.

Cuando llegué a la cómoda escuché sus trémulas palabras: “No abras los cajones. No los abras”. Pensé que eras tú. Proseguí empeñada. Me agarraron los tobillos. Te dije: “suéltame, suéltame”... Pero al volverme y verte dormir en la cama...

Grité...

Se me ha enturbiado la vista. Húmedo recital de lágrimas... Me estremezco... Tiemblo...

Cuando me avisaron que se lo habían encontrado a media noche caminando por el parque me di cuenta que debía tomar cartas en el asunto, que no podía ser más, que hasta allí habíamos llegado.

Llevaba tiempo viviendo solo, desde que unos años atrás enviudara. Le gustaba disfrutar de su casa, de sus obligaciones, de sus ocios, de su entorno, de su ambiente, de su libertad... En una palabra: hacer lo que le viniera en gana. Y ciertamente así fue, pero últimamente ya se le notaban rasgos, acciones que no cuadraban con su forma de ser.

La primera vez que lo llevé al médico los electroencefalogramas y radiografías revelaban disfunciones y mapas de manchas en su cerebro. Esto negro que se ve, me confirmó el galeno, son las pruebas fehacientes del desarrollo de la enfermedad. Conviene tomar las medidas oportunas para que no avance más

deprisa de lo normal. Le mandaremos unos parches y otras medicinas.

Decidí no dejarlo. Era evidente que se iría transformando en niño, y a los niños, como a los ancianos, hay que dedicarles el mayor tiempo de cuidados posible. La única pega es que debería trasladarme de ciudad, no obstante consideré hacer un esfuerzo. Si ellos nos criaron y dieron todo su amor y ternura, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

No quiso salir de su domicilio, se negó rotundo. El psiquiatra me aconsejó que lo mejor fuera no contradecirlo puesto que vivir en otro mundo supondría para él un desacierto y quizá la enfermedad se le agudizara. Era conveniente utilizar los medios adecuados para conseguir un acomodo que le permitiera vivir en armonía y completa felicidad. “Sobre todo cariño, mucho cariño, es lo que necesitan”.

Me instalé en su casa. En mi interior se fraguaba ofrecerle una existencia cómoda y de su agrado. La edad que soportaba no le llevaría muy lejos, así que los estímulos de mi voluntad tampoco se quebrantarían demasiado. Debería ser un ejemplo de socorro y solidaridad. El humanismo que me había caracterizado encumbraría mi actitud a los ojos del mundo que me rodeaba.

Al principio lo tomé gustoso. Me satisfacía hacer algo diferente que no había hecho nunca. A mis hijos los crió su madre y aunque tuvieron un cierto afecto y un poco de ayuda por mi parte, todo el trabajo lo

soportó ella. Tenía un gran corazón, y yo... no puedo opinar... Mis obligaciones habituales impedían dedicarle una mínima atención a los seres más queridos. Ahora, jubilado, añoro aquellos abandonos.

Se levantaba temprano. Había perdido la noción del tiempo y aunque tenía un reloj en la mesita no comprendía la hora. Arrastraba consigo el ropaje de la cama y se lo llevaba al cuarto de baño. Antiguamente lo hacía con la toalla, pero ahora confundía. Menos mal que yo estaba al acecho y en seguida se lo recogía y lo acompañaba para que hiciera sus necesidades. Lo dejaba sentado en la taza y, mientras, me retiraba a abrir la ventana para ventilar su habitación. Cuando regresaba le decía que se lavase en el bidé y las manos en el lavabo. Algunos días lo pillé lavándose en la taza, sin haber tirado del agua de la cisterna. Me daba arcadas. Encendía el calentador y yo mismo lo lavaba. Después le tendía la maquinilla y el peine con el fin de que se afeitase y peinase. Parece ser que me entendía, y esto sí que lo hacía con normalidad, siempre y cuando no se desviase y se rapase la cabeza, como a veces sucedía. Debía de estar muy atento. No podía descuidarme.

En el comedor se vestía. Al principio lo hacía solo, indicándole el orden establecido en el ritual de las prendas. Después tuve que ayudarle porque se hacía un lío monumental. Le daba la pastilla del desayuno y se comía las magdalenas. –Hacía poco que había dejado de ir a misa. Su hermana ya no se lo quería llevar porque andaba a trompicones y se dormía en el

banco, arrullado por la nana sacerdotal-. Por eso lo dejaba un rato sentado sobre la banca y con un libro entre las manos, entre tanto yo marchaba a hacer recados de rigor.

No tenía más remedio que cerrarle la puerta con llave. Más de dos veces se me había escapado y perdido por las calles del pueblo y anduve en su busca como loco descarriado. Lo malo era que al verse encerrado intentaba abrir como fuese. Agarraba cualquier hierro, palo, gancho que encontraba en el trastero y apalancaba con saña. “No puedes aguantar siquiera un rato”, le recriminaba al volver, intentando que me comprendiese. Había que estar distrayéndolo, de lo contrario se exasperaba. La televisión no surtía el efecto de antes, lo aburría, no la miraba. Los crucigramas y los periódicos le daban igual. Únicamente los libros por él escritos lo estimulaban como un acicate.

Cuando llegaba la noche –siento confesarlo– me hallaba rendido. El efecto psicológico que me producía estar todo el día a su lado, recreándolo y evitando que no se durmiese para que no se levantase a media noche, me consumía los nervios. Ansiaba meterlo en la cama, aunque tuviera que batallar para convencerlo de que ya era hora. A veces daban las doce y todavía se quejaba. Cuando por fin se dormía, tampoco yo descansaba ni conciliaba el sueño, me tenía que andar, imaginaria, con el ojo abierto, por si las moscas.

Dos meses bastaron para sentirme derrotado y contratar ayuda.

La solución: una mujer, una mejicanita de treinta años emigrada de su país buscando consuelo económico en Europa. Es cierto que me sobraba todo el tiempo del mundo, pero no podía resistirlo. Preferí pagar un sueldo a enfermar por causas psicológicas. Lo entregué a su cuidado. De todos modos nunca dejé de visitarlo y estar pendiente del desarrollo de su vida.

Ella tomó las riendas con honradez y calma sostenida. La veía asistirlo con bondad y buenas palabras, lo arrullaba, lo besaba, lo rociaba de mimos y caricias... Paseaban juntos. Algunos fines de semana yo los acompañaba. Cuando eso sucedía, formábamos un trío compasivo y peculiar, una bella estampa. Aunque la mayoría de las veces lo hacían solos.

Conmovido contemplaba la ternura que se profesaban, y admiraba, sobre todo, la paciencia que la chica sostenía con calidez y dulce integridad. Una dualidad de amor con sabor a piña azucarada. ¡Con qué pasión se preparaban las comidas y departían en la mesa camilla risas y jolgorio! ¡Qué ilusión cuando paseaban y acercaban a la iglesia! ¡Qué modo de cantar cuando desfilaban a la cama, después de haber gozado del día con delirio y efusión!... Qué empatía tan misteriosa y digna de alabanza entre esos dos simpáticos querubes...

Esta mañana me han comunicado la noticia. Su muerte ha sido por sorpresa. Según la autopsia:

de forma natural. El forense me ha comentado que puede ocurrir. El cerebro deja de funcionar porque no tiene capacidad de hacerlo, de emitir órdenes al engranaje humano, al corazón...

Casi no queda nadie ya en el tanatorio. Purita acaba de entregarme una carta para él. Quiere que la introduzca en el féretro, que se la guarde en el bolsillo de la mortaja. Me lo ha pedido entre sollozos. Así lo haré. Es la inocente voluntad de quien ha pasado los últimos veinte meses conviviendo con mi padre. Pero antes la leeré. Me atrapa la curiosidad...

Carta de pésame

¡Ay...! Ahorita viejo... No más. ¿Por qué te venció la enfermedad, tan bravo como tú luchaste? ¡Maldito alzhéimer! Te quitó la memoria, la sonrisa no ha podido.

Has salido de tu casa como los vencedores, cubiertito de coronas y laureles.

Mañana darás tu último paseo.

No te enojés, me gustaría agarrarte del brazo como siempre, pero iré delante, abriéndote la senda para que no te pierdas.

Te llevarán a la Iglesia y deberás ir contento, porque estás muy acostumbrado a patear ese camino. Lo hemos hecho juntos muchitas veces, así me lo pedías y tanto te gustaba, sin embargo, no me podré sentar a tu lado. Lo haré donde siempre, a la verita de san José, porque a ti te pondrán en medio, al pie del altar.

Después saldremos y tú irás subido en carro. Y no lo haremos solos, hay mucha gente que nos acompañará. Yo lo haré a pie, pero no me importa, estoy acostumbrada a caminar contigo. Iremos a un lugar de cipreses y flores para que puedas aspirar su aroma... y que no se te olvide que las olíamos en el parque rodeados de jardines.

Ahora vivirás allí y estarás contento porque hay mucha paz. No sabrás de la tristeza, y te prometo

que si me quedo por aquí en el pueblo no te faltarán mis visitas. Y también te llevaré ramitos de rosas y claveles, que no te quepa duda.

Tu último recorrido se me hará más corto y muy fastidioso, aunque estoy alegre porque pronto verás al Dios en el que ambos creemos.

Que Él te dé entrada en el cielo con los escogidos y seas tú, mi chamaquito, quien nos prepare la senda a los que aquí abajito quedamos.

Adiós, amigo...

Purita.

MACARENA ALONSO

La chistera

La noche se mostraba clara, iluminada por las hogueras de San Juan y un radiante plenilunio. Estábamos en círculo danzando y riendo entrelazados al compás de un mismo acorde. Nunca había presenciado ese espectáculo embrujador donde el fuego hechiza los sentidos, conduciéndote al corazón mismo de las llamas en un viaje de doble dirección: de ida, hacia las cenizas; y de vuelta, hacia los sueños... Por unos segundos desvié la mirada, y eso fue precisamente lo que me pareció aquella visión: un sueño, o más bien una alucinación. Un hombre extraño, ataviado con chaqué, se acercaba. De su mano derecha pendía un maletín a juego con la indumentaria. Una chistera negra cubría su cabeza. Se asemejaba a un caballero inglés del siglo XIX.

Caminaba por la arena aproximándose a la orilla. Al llegar, antes de que las primeras gotas saladas rozaran sus extremidades inferiores, se detuvo. Contempló el vasto mar ensombrecido y, tras posar el maletín, se encorvó desatándose los cordones de los zapatos en negro brillante. Después se desprendió de la levita y procedió de igual modo con el chaleco. Se deshacía de las capas como quien pela una jugosa cebolla. Arrojaba las prendas sobre la superficie arenosa, desperdigándolas. Sus dedos maniobraron

prescindiendo de los tirantes y desabrochándose el botón del pantalón con la raya bien marcada, llegando el turno de la camisa blanca tras desanudar la corbata.

...¿Y ahora?... ¿Qué demonios estaba haciendo?... ¡Dios mío!...

Su ropa interior corrió la misma suerte, quedándose en cueros, como su madre lo trajo al mundo, solo su cabeza techada por la chistera. Se introdujo en el agua bañando su cuerpo con las atemperadas olas. Cuando dejó de hacer pie agitó los brazos alejándose hasta casi perderse de vista. El sombrero aún flotaba, era la única referencia del hombre. Permanecimos estupefactos. Alguien dio aviso a emergencias y un helicóptero de salvamento se presentó en el lugar. Iluminó la zona y, avistándolo, le lanzó una cuerda. Aquel reaccionó e hizo lo que se le sugería siendo trasladado a tierra firme.

Con el ánimo enfurecido por la inoportuna interrupción, el cuerpo tiritando por el frío, encogido, el vello de punta y su miembro viril arrugado como un higo seco, caminó dignamente, luciendo con orgullo la chistera, dirigiéndose a la maleta ante la atenta mirada de todos. La abrió con parsimonia, extrajo una toalla, la sacudió ceremoniosamente, y envolvió sus partes pudendas. Ante tal desconcierto uno de los presentes se atrevió a preguntar:

-¿Pero qué pretendía usted, hombre?

–Me estaba dando un baño de luna –respondió con tono solemne.

–¿Y la chistera?

–¡Pobre ignorante! –exclamó compadeciéndose del interviniente– ¿Acaso cree que estoy loco? ¿No sabe usted que a estas horas los rayos lunares son muy perniciosos para las neuronas?

Yo, Shisé

Mi nombre es Shisé y procedo de Guinea Bissau. Soy huérfano de padre; desgraciadamente perdió la vida entre las garras de una bala descarriada que eligió como trayectoria el mismo camino por el que acostumbraba a transitar cuando regresaba a casa tras una agotadora jornada laboral. Él no entendía de sangrientos conflictos, ni de fanáticos soldados, ni de despiadadas armas, ni de corruptos políticos, solo de duro trabajo para ganarse un salario medianamente decente con el que alimentar a la familia. Pero ese fatídico día, en lugar de verse reconfortado por el merecido descanso, se vio atrapado por la despiadada y arbitraria muerte. Muchas veces el inocente paga por los pecados del verdadero culpable y en aquella ocasión la Señora de la Guadaña se cobró una presa equivocada.

Mi madre, Maimuna, repartía sus obligaciones entre el cuidado de la casa y el cultivo de nueces de cajú, alimento típico de nuestra tierra. Ataviada con un vestido de llamativos colores y cubierta la cabeza con un turbante a juego que ocultaba su caracoleado cabello azabache, cargaba con un cesto repleto de los sabrosos frutos. Su piel, oscura por el tórrido sol del firmamento y la genética de la raza, resplandecía rebuscante de juventud; sus pupilas negras destellaban como dos luceros sobre el blanco de los ojos. Era una mujer encallecida por el peso del sufrimiento pero ca-

minaba orgullosa y cimbreante, con paso firme, sobre la chocolateada tierra de las veredas. En ocasiones, sentía mecirme entre las aguas de su vientre cuando ella, colmada de alegría, danzaba ante los jaraneros acordes del gumbé, la música de mi país.

La caprichosa fortuna, ora perversa, ora benévola, adoptó la primera de sus formas para bañar de nuevas desgracias la difícil supervivencia de nuestro poblado. Encubierta bajo el disfraz de una plaga de langostas arrasó la producción agrícola, principal fuente de nuestra economía junto con el ganado. Además, la escasez de fondos económicos, destinados a quitar vidas en vez de protegerlas, impidió combatirla. Si la pobreza se presentaba como condición habitual de mi pueblo, en aquellos momentos una paupérrima miseria extendió su destructivo manto.

La recia madera del cayuco se balanceaba desprotegida, como una cáscara de nuez en medio del océano. El horizonte se exhibía inhóspito, rodeándonos con su inexorable soledad. A pesar de estar acordonados por la inmensidad del líquido salino, la sed hacía estragos y el agostamiento producido por los achicharrantes rayos solares, nos rendía exhaustos. El alimento escaseaba hasta el extremo de su inexistencia y las fuerzas se extinguían. Algunos compañeros de fatigas perdieron la vida, siendo entregados al vasto mar que se convertiría así en un improvisado ataúd.

Mi madre me acunaba y yo dormitaba sosegado; percibía su zozobra que rozaba límites insoportables,

pero se esforzaba por ampararse en los fanales de la esperanza. A pesar de ser devorada por el hambre, ella me alimentaba con lo poco que quedaba y me tarareaba hermosas nanas procurando contener su voz temblorosa. El destino se vislumbraba incierto y lejano pero había que amarrarse a la vida mientras aún se dispusiera de un soplo de aliento. Las gigantes olas parecían querer engullirnos como voraces tiburones protagonistas de terroríficas historias, pero resistíamos asiéndonos a los bordes de la patera y lanzando plegarias a los benevolentes dioses que quisieran apiadarse de nosotros.

Maimuna desfallecía y un mar de lágrimas, más poderoso que la más embravecida de las mareas que nos zarandeaban, hacía sucumbir su espíritu. Entonces se abrazaba a mí y sonreía a la vida con una chispa de ternura y un poso de agradecimiento. No podía dirigir la vista atrás, el vacío era lo que contemplaba si lo hacía, así que oteaba hacia delante convencida de que el mar no sería infinito y que tarde o temprano avistaríamos una desconocida tierra firme en la que echar profundas raíces. Sus arrullos custodiaban mi sueño y sus sueños alumbraban mi futura existencia.

Devorados por el hambre, la sed y el devastador desaliento, olisqueábamos aterrados el hedor de la agonía en ese interminable trance. Pero entonces... el milagro se produjo. La Providencia alegró nuestros iris con una enorme lengua de arena y rocas que se alzaba frente a nosotros. Parecía un espejismo y solo

el frotar de los ojos desechó la fantasía convirtiéndola en realidad. Las sonrisas regresaron incrédulas a nuestros labios, los vítores escaparon de nuestras gargantas secuestradas por el silencio del miedo, nos estrechábamos arropados por la euforia más absoluta; un sentimiento hasta entonces ignorado e indescriptible, invadía nuestros corazones.

La costa de Tarifa emergía arrogante y a la vez acogedora. El horadante olor a ilusión, a alentadoras promesas, a rosados cuentos, inundaba nuestras vías respiratorias. Yo compartía la alegría de Maimuna, esa incommensurable alegría que brotaba de las mismas entrañas donde ella me cobijaba, esa que me transmitía a través del cordón umbilical junto con su alimento, sus sensaciones y su propia vida. Yo Shisé, en la profundidad insondable del útero materno, vislumbraba con las retinas de Maimuna, mi adorada madre, la ilusión de un prometedor futuro, la fe de sus más profundas creencias. Yo Shisé, el hijo, aún no nato, de aquella luchadora mujer, sería entregado a la luz en un nuevo mundo, un mundo en el que anhelaba ser acogido con la misma calidez que entre los entresijos de la hembra que me pariría, esperando convertirme en un hombre digno a la sombra de aquella dignísima mujer.

JESÚS PINO

Tres poemas

I

La habitación donde escribo tiene
tres metros de largo,
tres metros de ancho
y tres metros de alto.

Un perfecto exaedro.

Tiene una puerta,
una mesa,
una ventana.

Por la puerta entra un río de aguas verdiazules.
La mesa se encabrita.
Por la ventana saltan las niñas de mis ojos.

Lo escribo antes que venga
el sheriff del *alceimer*.

Lo escribo sobre el lomo de la mesa.
Lo escribo en las aurículas del río.
Lo escribo en los vestidos de las niñas.

Tres metros de largo, el cocodrilo.
Tres metros de ancho, el elefante.
Tres metros de alto, el oso gris.

Lo escribo.
Lo escribo todo antes que venga
el aguacil del olvido.

¡Qué enorme el universo!
Los árboles, los mares, las montañas.

Salgo al jardín huyendo del agobio.
Es mediodía. El mundo está vacío.

II

Recuérdalo.

La noche era una puta verdioscura
vendiéndose en las calles de Madrid.

Los dos éramos jóvenes y el mundo
era el instante de un beso eternizado.

Se reducía la vida
a una acera bordada con castaños,
a un haz de bares y terrazas
de pocos gastos y penumbras dulces;
explotaba la vida

en cada metro o autobús nocturno,
en cada sol de tarde,
en cada mediodía de miradas.
Recuérdalo.

Yo lo recuerdo y sufro
la maldita verdad de la memoria.

III

el verso que recuerda

el verso que inmuniza

el verso que trasmuta
el viento en soledades

el verso que atesora
los oros del instante

el verso que seduce

el verso que traiciona

el verso que acaricia
la voluntad del sueño

el verso que devora
la soledad del trigo

el verso que maldice

el verso que enloquece

el verso que devuelve
la música a los ríos

el verso que transpira
la espuma de la luna

el verso que aletea

el verso que ilumina

el verso que no tiene
valor en el mercado

el verso que protege
el rumbo de las aves

el verso que corroe

el verso que desvela

el verso que promete
la luz a los abismos

el verso que demanda
la mano de los ciegos

el verso que naufraga

el verso que no olvida

el verso que reinventa
al verso que persigue

FELIPE GARRIDO BRICEÑO

Toledo y El Greco

Toledo: Eres ciudad altiva y peñascosa,
Con pesadumbre en tu buena gente.
Intentas a la vez ser laboriosa
Pero la asignatura, está pendiente.

Hoy vives al amparo de tu nombre.
Muy lejos del: Toledo, <quiero y puedo>
Sin una luz que guie y que te alumbre
Y que al faltarnos, nos genera miedo.

Conservas en tus piedras gran estilo,
Y pinturas de Theotocópulos “el Greco”.
Hecho que a la ciudad mantiene en vilo
Pues en el Mundo resuena como un eco.

En su mente vio a Jesús, no muerto! ¡Vivo!
Y en glorioso esplendor ¡imaginado!
Lo que en su lienzo: El Salvador, dejó plasmado
Y en el de la Resurrección, ¡más que pintado!

En la Crucifixión, refleja a Jesús en humildad.
La opulencia, en el entierro del Señor de Orgaz,
Su digno Caballero de la mano en el pecho,
Le aportó buen renombre, en este hecho.

Pintó su Apostolado, El Expolio y La Trinidad
Y su magnífica Verónica con la Santa Faz.
Expresó la Gloria en su Purísima Concepción,
Y en otros muchos, muy dignos de mención.

Pero poco en su tiempo se le comprendió
Ya que nuestra lengua, nunca bien la habló.
Y hoy Toledo: Aún mantiene afiladas sus espadas,
Espadas que tiempo atrás fueron guerreras.

Aunque ahora ya son armas trasnochadas,
Para enderezar entuertos y dirimir quimeras.
En fin, Toledo, ciudad antigua pero viva.
De otros tiempos, relámpago apagado.

Aun mantienes tu hidalguía tan altiva,
Aunque prosigues atada a tu pasado.
Pero siempre seguirás, siendo ¡atractiva!
Por lo mucho que El Greco... ¡te ha aportado!

PATROCINA



Ayuntamiento de Toledo